

JOSÉ IGNACIO FOCES



# *PREGÓN 2016*

*Semana Santa*  
*Medina de Rioseco*

PREGÓN DE  
SEMANA SANTA  
MEDINA DE RIOSECO  
2016

José Ignacio Foces

© Junta de Semana Santa

© del texto, su autor

Portada: Virgen de la Soledad, de Dionisio Pastor Valsero. Principios del s. XX.

Fotografía de: Teresa Serrano Ruiz

Imprime: Gráficas Gutiérrez Martín

DL VA 143-2016

# PROCLAMA

*EN EL NOMEN DEL PADRE QUE FIZO EL CIELO Y LA TIERRA. Y EN EL DEL HIJO QUE NACIÓ DE SANTA MARÍA LA GLORIOSA Y DEL ESPÍRITU SANTO, PARA SUFRIR LA PASIÓN Y MUERTE, RESUCITANDO GLORIOSO... INVOCANDO A MARÍA SEÑORA DE CASTILVIEJO, AL SANTO JUAN EL BAUTISTA Y A SAN YAGO PEREGRINO, FAGO EL SERVICIO DE PREGONAR Y PROCLAMAR POR RÚAS Y PLAZUELAS DE ESTA NOBLE MEDINA DE RIOSECO QUE:*

POR LOS HONORABLES REGIDORES DEL CONCEJO, SEÑORES DE JUSTICIA, CLÉRIGOS Y HOMES BUENOS PRESIDIDOS POR LA VARA MAYOR DE LA SEMANA SANTA, MAYORDOMOS, HERMANOS Y HERMANAS DE LAS COFRADÍAS PENITENCIALES, HAN ACORDADO, AYUNTADOS POR LA FE, LA ESPERANZA Y LA CARIDAD QUE HOY, 19 DE MARZO, SÁBADO DE DOLORES, SAN JOSÉ, SE HAGA LA PROCLAMA PÚBLICA Y PREGONERA EN EL TEMPLO DE SANTA MARÍA DE MEDIAVILLA, A LAS VEINTE Y TREINTA HORAS, ANTE EL PASO DE «LA SOLEDAD» DE LA IGLESIA DE SANTA MARÍA DE MEDIAVILLA, PARA QUE, ANTE TODOS ELLOS Y EL PUEBLO FIEL, SE ENALTEZCAN LOS VALORES DE LA PASIÓN Y MUERTE DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO.

SEPADES QUE ESTA PROCLAMA PREGONERA LA DIRÁ EL ILMO. SR. DON JOSÉ IGNACIO FOCES, PERIODISTA, SUBDIRECTOR DE «EL NORTE DE CASTILLA» Y CRONISTA PARLAMENTARIO. INVESTIGADOR DE LA SEMANA SANTA EN LA TIERRA DE CAMPOS. PREMIO «ECOPERIODISTA» EN EL AÑO 1993. PREMIO PERIODISMO PARLAMENTARIO VICENTE DIEZ 2005.

LO FAGO POR MANDATO DEL SEÑOR PRESIDENTE DE LA JUNTA DE SEMANA SANTA, DON JULIO DE LAS HERAS GALVÁN.

ÍTEM MÁS, DAMOS PÚBLICAS GRACIAS A DIOS PADRE, A DIOS HIJO Y A DIOS ESPÍRITU SANTO Y PEDIMOS ORACIONES PARA QUE SU SANTIDAD EL PAPA FRANCISCO, VICARIO DE CRISTO EN LA TIERRA, PASTOREE CON SINGULAR TINO LA IGLESIA CATÓLICA UNIVERSAL.

DADO EN LA CUARESMA DEL DÉCIMO SEXTO AÑO DE GRACIA DEL SIGLO XXI, SEGUNDO DEL REINADO DE FELIPE VI: EL REY.

ARCHÍVESE EN EL LEGADO  
CORRESPONDIENTE DEL AÑO 2016

FIRMADO Y SIGNADO POR  
EL ESCRIBANO MAYOR



# PRESENTACIÓN

*Reverendo Párroco de Santa María y Santiago, estimadas autoridades, Mayordomos que hoy comenzáis el periodo más importante en vuestra vida semanasantera, Hermandades y Cofradías, riosecanos del alma todos, señoras y señores:*

En primer lugar, la nueva Junta Directiva quiere agradecer a la Junta de Hermandades y Cofradías de Medina de Rioseco la confianza que han depositado en nosotros para asumir esa responsabilidad, que hoy, en su nombre, permite que me dirija a todos ustedes. Por otra parte, reiterar nuestro reconocimiento y agradecimiento a todos los hermanos y cofrades que durante los últimos quince años han desempeñado cargos en la Junta saliente que, de forma altruista y con el único interés de engrandecer nuestra Semana Santa, no han regateado esfuerzo alguno. Mención especial para Andrés San José por el intenso y continuo trabajo desarrollado al frente de la misma. Toda la dedicación que los diferentes miembros han prestado durante estos años les ha conducido en múltiples ocasiones a sacrificar su atención a la familia, carencia que afortunadamente sus mujeres han sabido suplir y completar. Gracias a todas vosotras por haber apoyado con vuestra tarea callada y no conocida la consecución del fruto que ellos nos han legado.

La Cuaresma ha sido pródiga en actos y convocatorias y, como todas las primaveras, el trino del pardal y el aleteo firme de los tapetanes han acompañado por ruas y plazas la proclama que aquí nos convoca: officiar nuevamente el rito de la Pasión, Muerte y Resurrección de Nuestro Señor.

La Lágrima acaba de iniciar su recorrido y hoy y aquí, en Santa María de Mediavilla, las emociones presentidas comienzan a mudar en realidades próximas.

No demoremos más el acto, que el verdadero protagonista nos espera: nuestro pregonero.

José Ignacio Foces, terracampino de la vecina Villavencio de los Caballeros, es periodista de raza ligado toda su vida profesional a *El Norte*

*de Castilla*, donde inició su andadura a principios de los años ochenta como redactor en Medina del Campo. En la sede de Valladolid ha realizado información agraria, medioambiental y política, fue coordinador de las secciones de Regional y Local, desempeñó la Jefatura de Información, participó en la elaboración de la línea editorial y hoy en día es su Subdirector pero sin abandonar el contacto diario con la realidad a través de la sección de «La Espita» donde, a partir de su formación matemática, analiza nuestra política regional como si de un teorema se tratara. Sus artículos consiguen ofrecer la verdad demostrable que, no siendo evidente por sí misma, acaba mostrándose al lector por el marco lógico de razonamiento que José Ignacio propone y desarrolla.

Finalmente, os traslado dos pensamientos que nuestro pregonero confió a Javier Burrieza como muestra de su receptividad y emoción por el encargo recibido.

«Tal honor de ser pregonero, aunque viviera siete vidas, no sería capaz de devolvérselo a Rioseco».

«Medina de Rioseco es un lugar en el mundo creado para celebrar la Semana Santa».

Querido Nacho, todos nosotros estamos deseando escuchar y disfrutar tu pregón.

**¡MUCHAS GRACIAS!**

JULIO DE LAS HERAS GALVÁN

*Presidente de la Junta de Semana Santa*

Marzo de 2016

**PREGÓN DE SEMANA SANTA  
MEDINA DE RIOSECO - 2016**



**El pregonero, Don José Ignacio Foces.**

*A mi madre*

*Y a todas las madres de Medina de Rioseco*

**A**nte la Vara Mayor, en el año en el que ha cambiado de don Andrés San José a don Julio de las Heras. Enhorabuena a ambos: al primero, por haber concluido sus sucesivos mandatos con éxito y poder contarlos; al segundo, por haber sido elegido para una de las funciones más nobles a las que puede aspirar un riosecano.

Ante las varas y los mayordomos de las hermandades y cofradías:

1. *Don Luis Santamaría Díez*, con la del Santo Cristo de la Clemencia.
2. *Don Rubén Astorga Alfageme*, con la de La Oración del Huerto.
3. *Don José Millaruelo Frontela*, con la de La Flagelación.
4. *Don Francisco Gutiérrez Valdés*, con la de Jesús Atado a la Columna.
5. *Don José Ignacio Morencia Castaño*, con la del Ecce Homo.
6. *Don José Fernández Abril*, con la de Jesús Nazareno de Santiago y Santa Verónica, hermandad que este año celebra el centenario de su reorganización.
7. *Don Carlos Alonso-Cortés Rodríguez*, con la de Jesús Nazareno de Santa Cruz.
8. *Don Alberto Alonso Escarda*, con la de la Desnudez.
9. *Don Tomás Sanabria Liqueste*, con la del Santo Cristo de la Pasión.
10. *Don Osmundo Margareto Amigo*, con la de la Virgen Dolorosa.
11. *Don Jaime Fernández Rubio*, con la de La Crucifixión.
12. *Don Manuel Vian Pesquera*, con la del Santo Cristo de la Paz y Santo Cristo de los Afligidos.
13. *Don Ángel Gallego Rubio*, con la del Descendimiento.
14. *Don José Antonio García García*, con la de Nuestra Señora de la Piedad.
15. *Don Luis Blanco Herrero*, con la del Santo Sepulcro.
16. *Don Fernando Sordo García*, con la de la Soledad.
17. *Y don Sergio Alfageme Marcos*, con la de Jesús Resucitado y la Virgen de la Alegría.

Y con licencia del reverendo señor Párroco de Santa María de Mediavilla y Santiago de los Caballeros, don Juan Carlos Fraile.

Llego a esta tribuna **impresionado** aún por los sobrecogedores sonidos del Pardal y los tapetanes, y la enérgica voz del lector de la Proclama.

**Estremecido** por el cortejo que habéis conformado para llegar hasta este templo de Santa María de Mediavilla, que para los terracampinos es la auténtica catedral espiritual de Castilla.

**Sobrecogido** por estar en el que no cabe duda de que es el corazón sentimental de la Semana Santa de España.

**Abrumado** por el encargo de pregonar nada más y nada menos que la Semana Santa más exaltada por pensadores, poetas y escritores.

**Conmovido** por hacerlo a los pies de la que es una de las dos obras cúlmenes del estilo marianista que llegó de la mano del Renacimiento, entró por la catedral de Astorga y, tras cruzar tierras leonesas, palentinas y vallisoletanas, se detuvo a orillas del Sequillo para mayor gloria de Dios Nuestro Señor y de su madre, María Santísima de Mediavilla.

Entiendan ustedes el estado de **plena agitación** en el que se encuentran mis sentidos de solo pensar que por encima de mi cabeza hay 18 metros de altura de inigualable arte vinculado a nombres como los de Gaspar Becerra, Juan de Juni y Esteban Jordán. Hace siete años tuve el exclusivo privilegio de estar allá, en lo más alto, cuando este conjunto artístico fue restaurado y pude mirar cara a cara al Cristo del Calvario; fue un momento exclusivo, de los que a uno le hacen sentir de por vida afortunado. Pero hace tres semanas lo que creía que sería único e inmejorable, lo que parecía insuperable, dejó de serlo por obra y gracia de uno de los más entusiastas cofrades que conozco, riosecano hasta el tuétano, y uno de los periodistas más preparados para los tiempos que nos toca vivir en la era digital. José Ángel Gallego me invitó a subir hasta la Santa Bárbara de la torre. Impresionante es un adjetivo que se queda nimio para definir la experiencia de estar allá, en lo alto de la que es la aguja más excelsa de cuantas asaetean el cielo de Tierra de Campos. La experiencia es indescriptible al contemplar desde esos casi setenta metros de altura, bajo un azul del cielo rabiosamente luminoso, la inmensidad de los mares de Castilla, esos mares de cereal que en pocas semanas empezarán a moverse al albur del viento, asemejando las olas. A la altura de las campanas, créanme, se aprende lo que es el infinito y se toma conciencia de lo que puede ser la eternidad.

He subido estas escaleras sintiendo cómo **vibra** mi mente por encontrarme a menos de tres metros de la Capilla funeraria de los Benavente, que el mismísimo Eugenio D'Ors bautizara como la Sixtina de Castilla, encargada a los hermanos Juan y Jerónimo del Corral.

Unan todo esto a que a mi izquierda están la Vara Mayor y las 17 varas de las hermandades de la Semana Santa riosecana y podrán entender que

llego a esta tribuna **maravillado**, completamente maravillado, después de haber sido testigo esta mañana del traslado de los pasos a este templo y al de Santiago de los Caballeros. Aún se siente por las calles el palpar de los corazones de quienes han cargado con Cristos y Vírgenes para iniciar la semana en la que los cristianos conmemoramos la Pasión, Muerte y Resurrección del Hijo de Dios.

He pisado cada uno de estos escalones **emocionado** por poder ocupar una tribuna que distingue sin límites y sacude la mente y el corazón de forma sin igual cuando quien tiene el **honor** de ocuparla es terracampino como ustedes, de a solo unos kilómetros al norte, de Villavicencio de los Caballeros.

Y asumo el papel de pregonero que me ha encargado la Junta de Semana Santa de la única manera que creo puede hacerse: con la **humildad** por bandera, la humildad franciscana que hunde sus raíces aquí, en la Ciudad de los Almirantes, y se extiende por toda la Comarca de Campos de la misma manera y con la misma intensidad de la que echa mano cada mañana el sol que ilumina estos mares de Castilla sembrados de cereal.

El encargo es para pregonar. A él me entrego con toda la **fuerza** que le he pedido a Dios que me dé, y la ilusión y el entusiasmo propios de quien asume tan extraordinaria encomienda. Pero también con la **prudencia** que me otorga el ser hijo y nieto de tenderos, de los que entre otras cosas aprendí a saber ir a vendimiarse y no llevar uvas de postre. Permitan la metáfora para anticiparles que no les voy a hablar de lo que ustedes ya saben, su historia como ciudad o la de las tallas que sacan en procesión. Moviéndome como me llevo moviendo, informativamente claro, treinta años entre políticos, puede que algo osado me haya vuelto a la hora de interpretar escenarios y actuaciones de personas públicas, pero no tanto como para no saber que, cuando uno acude invitado a un sitio, ha de empeñarse en atender a sus anfitriones con elegancia, educación y buen gusto, y debe esforzarse por aprender de quienes le invitan, sin tratar de dar lecciones, sobre todo cuando, como es mi caso, no se está preparado para según qué menesteres. Por tanto, no haré sino ejercer, una vez, más el papel que llevo interpretando profesionalmente la friolera de treinta años en el decano de la prensa española y, con esta capa, que en nuestros pueblos siempre ha sido el signo de respeto que quien la porta muestra hacia sus anfitriones, me dedicaré a intentar informarles a ustedes de cómo les vemos los demás y de lo que ustedes nos enseñan desde su Semana Santa y su vocación cofrade, enseñanzas que como muy bien definiera D. Fernando Altés Bustelo, quien era director de *El Norte de Castilla* cuando yo ingresé en su redacción, emanan «de costumbres llanas y sencillas», pero constituyen «monumentos de fe y paisajes del alma».

*¡Oído, Rioseco! ¡Oído!*

El Hijo de Dios va a entrar mañana en la ciudad. ¡Hay que salir a aclamarlo! Hay que vitorear su paso desde el mismo momento en el que salga de la Iglesia de Santiago de los Caballeros. Claro que, bien pensado... ¡como que hiciera falta animarles a ustedes a salir a las calles y plazas tal día como mañana! No hay pueblo, ni villa, ni ciudad en España... ¡qué digo España!, en todo el orbe, que dé la bienvenida al Hijo de Dios el Domingo de Ramos como lo hacen las vecinas y los vecinos de la Ciudad de los Almirantes. Ustedes son dignos herederos de aquellos habitantes de Jerusalén que hace 1983 años sacaron alfombras y mantos, cogieron ramas de olivo y salieron a las calles en cuanto tuvieron noticias de que aquel a quien llamaban Jesús de Nazareth, que venía precedido de una notable fama por sus milagros y predicaciones, iba a llegar a la ciudad. 1983 años después (los que han pasado desde la Muerte y Resurrección de Cristo hasta hoy), aquí, en la Ciudad de los Almirantes, tal día como mañana se para cada año el tiempo para dar la bienvenida al Hijo de Dios. Y ustedes se ponen las mejores galas: trajes, corbatas, vestidos... Gala. Gran gala. ¡Llega el Hijo de Dios a Medina de Rioseco! En cuanto esta mañana se abrieron las puertas de Santa Cruz, la Ciudad de los Almirantes comenzó a transformarse en la Jerusalén de Castilla. Y en ella va a entrar mañana el Hijo de Dios a lomos de un asno, en el único paso que procesiona sobre ruedas por las calles.

Mañana es el día de la Semana Santa que protagonizan los niños, esos niños que en Rioseco tienen la enorme posibilidad de optar a un juego más que los niños de cualquier otro sitio del mundo: aquí pueden coger un palé de madera, clavarle seis palos, hacerle una cruz a medida con otros dos palos, colgar de ella un oso de peluche, poner a sus pies un par de muñecos y, hala, a jugar a las procesiones. Los riosecanos y las riosecanas más pequeños seguro que tal día como mañana soñarán con cargar sobre sus aún débiles hombros con el paso de La Borriquilla, que llegara a esta ciudad en 1952 procedente del taller valenciano de Inocencio Cuesta. Y es que el Domingo de Ramos se vive uno de los primeros momentos claves de la formación de los cofrades de Rioseco: los mayores dejan que el paso vaya sobre ruedas como para no molestar a los niños en el que es su día especial en la Semana Santa.

Medina de Rioseco se ha transformado este mediodía en la Jerusalén de Castilla, y hasta las piedras han vibrado al paso de los pasos en dirección a este templo y al de Santiago de los Caballeros. El poeta leonés Antonio Colinas aconseja aprender a leer en las piedras; esta mañana, las piedras centenarias de las calles, soportales y casas por las que pasaron los pasos mostraban todas la misma inscripción: ¡Ya es Semana Santa en Medina de Rioseco! Ha empezado el desahogo emocional que allá por 1956 definiera don Miguel Delibes al dar con la clave de por qué la Semana Santa mueve el fervor de todo un pueblo de manera unánime: porque consigue, decía él, humanizar lo

que es divino, «de aquí que en el espectador sencillo de la Pasión del Señor sea muy difícil separar la complacencia estética de la emoción religiosa y del dolor humano».

La Jerusalén de Castilla en la que se ha transformado Medina de Rioseco desde este mediodía hasta el domingo siguiente al de Pascua florida se apresta a vivir los días más grandes del año, y no hay en Castilla una sucesión de acontecimientos que haga vibrar a una comunidad como lo hace en Rioseco la Semana Santa. A pesar de los siglos que han pasado, como diría el cronista vallisoletano Ángel Allué Horna, en la Ciudad de los Almirantes «todo está igual y en todo su ser se respira el mismo ambiente».

*¡Oído, Rioseco! ¡Oído!*

No, no hay melodrama que escenificar. No, no hay espectáculo que atraiga a las masas. No. No. Aquí, en estas calles centenarias, entre piedras universales, muere y resucita el Hijo de Dios de forma verdadera cada año, porque sale del corazón de sus cofrades y vecinos, se mete en su mente y se apresta a anidar en el alma: por eso la Semana Santa está en Rioseco en cada calle, en cada casa, en cada habitación de cada hogar. Y si en este hay un cofrade, con más motivo.

*¡Oído, Rioseco! ¡Oído!*

Preparando estas líneas, vino a mi memoria una tarde de julio de hace cinco años. Terminábamos una celebración familiar (en esta nuestra comarca de Campos para que una celebración familiar lo sea por todo lo alto hay que venir a comer a Rioseco). Nada hay más gratificante que pasear bajo los soportales de la Calle Mayor cuando sobre ella cae el sol a plomo, ese sol de Castilla que siempre se pone justiciero en pleno verano. Llegados al atrio de Santa Cruz, del cortejo familiar se separaron los dos más pequeños y empezaron a jugar con un imaginario paso que trataban de sacar del Museo. De los dos, el mayor ejercía de cadena y el pequeño cumplía, ceremoniosa y concienzudamente, las órdenes que emitía su hermano mayor. «Esto es Rioseco», pensé. No les importaba a aquellos pequeños que el sol abrasase esa tarde de julio. Ellos, venga, a medir armónicamente cada paso que daban en el atrio, como si fuera encomienda suya que un imaginario codo izquierdo de José de Arimatea, en aquel imaginario tablero que portaban, tuviese que sortear el dintel de la gran puerta del Museo. Hoy el mayor de aquellos dos pequeños, de nombre Álvaro, se encarga de redoblar con su caja en la Banda de la Clemencia; el pequeño, de nombre Nicolás, sale ya en las filas de su Cristo de la Clemencia y es capaz de argumentarte por qué tienes que formar parte de su hermandad y no de otra de los demás crucificados que procesionan en Semana Santa. Cada vez que le escucho no puedo evitar pensar: «Esto es Rioseco». «Esto es la Jerusalén de Castilla», donde cada niño es un permanente medidor imaginario de la altura de cada puerta de las Iglesias y de la

Capilla, pensando constantemente en cómo superar por ellas la salida de tal o cual Cristo, de tal o cual Virgen, de este o aquel tablero, cavilando cada segundo cómo sortear el paso de su Cristo entre los balcones de la Calle Mayor. Esto es Rioseco, la Jerusalén de Castilla.

Por sus centenarias calles se vive cada minuto del año la Semana Santa. En silencio. Íntimamente. O con la música de fondo. Ya sea con la jovencísima pieza titulada 'A golpe de corazón', compuesta por el doctor en Musicología Pablo Toribio para el 350 Aniversario de La Escalera; ya sea por La Lágrima, la marcha de Enrique Arbós y Adami, de 1867, a la muerte del general O'Donnell, con la que ceremosiosamente salen y entran en la Capilla los pasos grandes. O bien, con la interminable sucesión de sonidos que acompañan a las procesiones.

*¡Oído, Rioseco! ¡Oído!*

Escuchen por un instante (silencio), solo un instante (más silencio). Dejen llevar su mente por cualquiera de los sonidos de la Semana Santa riosecana.

Nada hay tan sobrecogedor como el silencio que se crea cuando el cadena golpea con su mano el tablero y grita «¡Oído, a rezar!». Solo hay silencio. No se escucha ni el bisbiseo del Padrenuestro de cada hermano. Pétreo silencio. Inquebrantable silencio. ¡Qué comunión se establece entre quienes van a cargar con el paso y quienes están alrededor! Ese silencio, atronador, sí; estruendoso, también, es uno de los sonidos más estremecedores de la Semana Santa riosecana. ¡Como en la Ciudad de los Almirantes no se escucha el silencio en ningún otro sitio del orbe!

Y de los sonidos más armónicos que se conforman en las calles es el que componen los golpes de las horquillas sobre el suelo. Dejen volar su mente unos instantes y les parecerá la sinfonía más perfectamente anárquica que nadie pueda componer. Cada golpe en el suelo de cada palo de la horquilla, impulsada por el esfuerzo de quien carga con los tableros, acaba sumándose a los del conjunto de portadores de forma instantánea, y, casi a la velocidad de la luz, penetra en nuestra mente como banda sonora del transitar del paso por las calles y plazas.

He ahí la sinfonía que ustedes componen cada año para acompañar la tragedia de la muerte de Cristo en la cruz y cantar la grandeza de su resurrección. A golpe de horquilla; de sucesión de silencios; a la voz de un cadena, y otro y otro... A golpe de la mano sobre el tablero: uno, y otro, y otro.

*¡Oído, Rioseco! ¡Oído!*

A golpe de tapetán. No hay sonido más trágicamente templado que el de un tapetán. Es el lamento riosecano, ahogado sobre el parche de cuero de cada tambor, que aleja cualquier conato de entusiasmo.

Y cuando el Pardal hace sonar su trompeta, Rioseco se para. La vida se detiene en la Ciudad de los Almirantes, la Jerusalén de Castilla. Toca el Pardal. Música celestial es la que llega al corazón desde la trompeta de un personaje tan singular como El Pardal, tan genuinamente propio, tan significativamente universal, como universal acaba siendo todo lo que tiene que ver con las procesiones de Rioseco. Los sonidos del Pardal son los únicos que no llegan a los riosecanos por los oídos, porque la trompeta del Pardal entra directamente al corazón.

Decía el gran Manuel Chaves Nogales, tan gran escritor como periodista, tan extraordinario periodista como escritor, que «el cofrade nato y neto pone en su cofradía lo mejor de sí mismo». Por eso, siempre he tenido para mí que, en Rioseco, cada cofrade nace con un maestro y un embajador en su ser. No es una aseveración emitida al albur de la búsqueda de complacencia. Es, señoras y señores, una de las conclusiones más personales y más sentida, si no la que más, de cuantas he llegado a reunir a lo largo de mi vida por medio de la observación y el análisis de los desfiles procesionales riosecanos, de sus cofradías y gremios, de sus cofrades y hermanas de luz.

Creo que es necesario que les detalle el porqué de esta conclusión, y me permito empezar por la figura del embajador que ejerce cada cofrade todos los días del año, en cualquier lugar en el que se encuentre, en cualquier situación a la que tenga que hacer frente, ante cualquier acontecimiento y frente a cualquier circunstancia.

Si la función esencial de un embajador es la de representar dignamente a su Estado, su Gobierno y su sociedad ante otros Estados, gobiernos y sociedades, cada riosecano y riosecana cumplen este cometido con creces. Da igual que sea en la fábrica, detrás de un mostrador, en un cargo público, en un medio de comunicación, con los compañeros de trabajo, con los vecinos, aquí, en Rioseco, y fuera de aquí... Cada hijo de Medina de Rioseco es embajador de su ciudad, por nacimiento, convencimiento y ejercicio, y canta las excelencias de su Semana Santa allá donde la vida le ha puesto y llevado. Todos ustedes juntos componen el mejor y más completo cuerpo diplomático del mundo, y gracias a ustedes esta ciudad ha sido, es y seguirá siendo centro indispensable de la imagen de Castilla en el mundo. Mientras haya un cofrade para cantar fuera las excelencias de su ciudad, de sus pasos y de sus cofradías, Rioseco se mantendrá pujante, excelsa, única e irrepetible. Sería muy injusto mencionar a unos por encima de otros en este menester de cantar y contar las excelencias propias, pero también lo sería si dejo en el tintero el nombre en el que coincidimos absolutamente todos, dentro y fuera de la Ciudad de los Almirantes, como auténtico decano de ese singular cuerpo diplomático: nuestro cardenal Fray Carlos Amigo. El hecho de que esta ciudad hunda sus raíces en la tradición franciscana es suficiente motivo para comprender por qué si un día Rioseco acabaría teniendo un Príncipe de la Iglesia, tendría que ser, como lo es, franciscano.

Hace poco más de un año, Fray Carlos concedió una entrevista a un compañero mío de Málaga. Del diálogo cardenal-periodista, preparando estas líneas, volvió a mi memoria la forma en la que Fray Carlos explicaba su llegada a Sevilla para asumir el Arzobispado. Contaba que solo le dieron un consejo, que se dejara «enseñar. No traté de comprender algunas cosas, sino de vivirlas». Lo decía el riosecano Fray Carlos, y ese es precisamente el secreto para acercarse a vuestra Semana Santa, a la Semana Santa de Medina de Rioseco: hay que vivirla, dejándose enseñar.

Diplomacia va unida a magisterio. Y si la primera encumbra las cualidades, en el segundo se asienta la esencia de la atracción que ejerce la Ciudad de los Almirantes sobre propios y foráneos, que se materializa inmediatamente sobre la transmisión de una serie de cualidades que adornan a los cofrades, en particular, y a los riosecanos, en general: valor, orgullo, solidaridad, hermandad, auxilio, atención, equilibrio, honor e, incluso, democracia. Cada uno de ellos tengo para mí asociado a un elemento semanastero. Es la forma en la que, como alumno que me considero de muchísimos cofrades de aquí, he interiorizado su magisterio para saber vivir la Semana Santa riosecana. Sin intentar comprender por qué ustedes la viven así, porque eso es patrimonio suyo y sería como profanar el alma de Rioseco el simple hecho de tratar de cruzar la delgadísima línea que separa al cofrade de quien contempla su hacer. Por eso, lo mejor ante ustedes en Semana Santa es dejarse enseñar y seguir el consejo de Fray Carlos: no tratar de comprender algunas cosas, sino de vivirlas.

Lo que de niño más me llamó la atención la primera vez que contemplé un desfile procesional en Rioseco fue el hecho de que todos los pasos, los santos pasos, fuesen portados a hombros. Me acuerdo del golpe visual que me causaron los tacos bajo los tableros. Y, siendo niño como era, mi primera conclusión fue la de que aquí, en Rioseco, la estatura no es obstáculo para sacar un paso en procesión. Con los años, medité sobre esta circunstancia, y fue a mucha distancia de aquí, en la provincia de Guadalajara, donde llegué a una deducción tras una tan larga como edificante conversación con Manuel Leguineche, maestro de enviados especiales a conflictos bélicos por todo el mundo, maestro en el periodismo de verdad, maestro de tantas y tantas cosas en la vida. Lo visité en su casa de la localidad alcarreña de Brihuega y conversamos durante toda una mañana. Él acababa de publicar su libro 'El club de los faltos de cariño'. Esa charla, larga, constructiva, pedagógica, se transformó días después en *El Norte de Castilla* en la que fue la última entrevista que concedió el gran Manu Leguineche. Hablamos de todo; también de la vida y de la muerte. «Ah, la muerte», exclamó en un momento determinado Leguineche. «Los clásicos dicen que no hay nada tan democrático como la muerte, porque nos hace a todos iguales». Antes de despedirnos, lo volvió a decir y aquella frase me acompañó en el viaje de vuelta a Valladolid. Lo

pensé durante días y llegué a lamentar no haber reaccionado a tiempo en aquella hermosa conversación con el gran maestro de periodistas. Y es que para mí que no tienen razón los clásicos en eso de que la muerte sea lo más democrático porque es lo único que nos iguala a todos. Al menos, en Rioseco, no sirve esa aseveración. Aquí, en la Ciudad de los Almirantes, en plena vida, lo más democrático, lo que iguala a todos, es un tablero de cualquiera de los pasos. Con los tacos de madera que se colocan para cargarlos, después de que se haya tallado el paso, no hay altos ni bajos. Piénsenlo ustedes un instante y verán cómo es verdad esto que les digo. El tablero procesional es la mayor garantía de igualdad entre los cofrades. Nadie es más que nadie llevando sobre sus hombros un tablero. Todos iguales. Esa es la primera lección que transmiten los cofrades en la Ciudad de los Almirantes de Castilla: todos somos iguales a ojos de Dios. Es el magisterio desde el tablero, el magisterio de esos nuevos apóstoles que portan sobre sus hombros a Dios Nuestro Señor o a su Madre Santísima.

El valor y su transmisión aparecen también en el frontispicio de las enseñanzas que imparten los cofrades riosecanos. Hay que tener valor para cargar con los pasos y hay que saber comunicarlo. Añadan ustedes al término valor lo que consideren: el valor de la fe, para afrontar la gesta de sacar los pasos; el valor de la fuerza, para cargar con ellos como Dios manda; el valor de la templanza, para modelar el espíritu y que no se desboque animado por el memorable ceremonial que se está ejecutando. ¡Qué lección de valor! ¡Qué lección!

Es difícil asimilar un elemento identificativo al valor que muestran ustedes. Más bien hay que buscar en los gestos. Estoy seguro de que van a coincidir conmigo en el que les voy a decir. Se produce en dos momentos: en el del refresco y en el de ‘Oído, a rezar’. Hace muchos años tuve la suerte de presenciar un refresco y unas Aceitunas. Me invitó un cofrade muy querido del Longinos, que casi parapetado tras la barra de su bar me había ido introduciendo desde adolescente en las cofradías de Rioseco y en sus desfiles procesionales. Lo hacía por medio de una excelente iniciativa cultural como era la de organizar todos los años una exposición fotográfica en su bar. Fernando, el hijo del Titi, ha sido y es mi permanente maestro semanatero. Cuando hace ya bastantes años me invitó al refresco y las Aceitunas aún vivía su padre, muñidor del Longinos, ofició que heredó luego él. «Quieto ahí», me acuerdo que me dijo Fernando, señalándome una posición privilegiada para la observación. He de confesarles que no me habría atrevido a mover los pies de la baldosa que me indicó, sobre todo teniendo en cuenta que me apuntaba con la mano abierta, una mano que abulta más que todo yo.

Desde aquella posición, que me garantizaba observar desde una educada y discreta distancia, como para no interferir, como para no parecer el intruso que verdaderamente era, tuve la dicha de presenciar gestos muy afectuosos,

de auténtica hermandad. Escuché que un cofrade esperaba la llegada de su primo mayor para que le ayudase a ponerse la túnica y me fijé en él. Se le estaban ofreciendo varios a ayudarlo. Pero él, que no, que no, que tenía que llegar su primo. Cuando apareció, se unieron en un interminable abrazo; un beso en cada mejilla dio paso a la liturgia, lenta, lentísima, de colocarse la túnica por la cabeza, estirla, atar el cingulo y anudarle el pañuelo mejor de lo que ya lo tenía. El primo, bastante mayor que el cofrade al que ayudaba, me recordaba a los buenos mozos de espadas: callado y atento a cada requerimiento del cofrade que iba a cargar con el Longinos. Bueno, sería más exacto decir que estaba ante un auténtico mozo de horquillas. Como les digo, lenta, muy lentamente fue oficiándose aquella sencilla ceremonia, en un silencio cómplice entre ellos que escondía una emoción tan contenida que, cuando concluyó, estalló de nuevo en un beso en cada mejilla y un abrazo aún más fuerte que el inicial. Y pensé, ¡esto es Rioseco!

Terminado el refresco, seguí con la mirada a aquel cofrade. No era el único que le controlaba. El primo que le había ayudado a colocarse la túnica tampoco le perdía ojo. El cofrade se incorporó al desfile de gremios y participó en los Oficios. De allí, después de pasar por las Aceitunas, se dirigió a la Capilla. En esta siguieron los abrazos, fuertes y sentidos, con los demás hermanos de carga del paso. Abrazos que duraron lo que tardó el cadena en gritar ‘¡Oído, a rezar!’ . Volvió el silencio, profundo silencio; dolorosamente profundo, profundamente doloroso. Un silencio que duró lo necesario, ni un segundo más, para que aquellos cofrades cargasen su alma de valor para la gesta de sacar el santo paso. ¡Qué lección tan ejemplar esta de encontrar el valor en el silencio y en la oración! Así son ustedes, cofrades de Rioseco.

Magistral es también la lección que transmiten sobre el honor. No hay distinción similar a la de sacar tu paso, no la hay igual que la de cargar con tu Cristo o tu Virgen. A mí me han enseñado ustedes que no hay honor equiparable ni parecido. Como tampoco lo hay como escoltarlo en la procesión por las calles, con el farol. O llevando de la mano a un pequeño cofrade. No, no hay honor en la Ciudad de los Almirantes que alcance al de ser cofrade. Y tengo para mí que existe una única prenda capaz de mostrar al neófito y al visitante lo que simboliza tal honor: el pañuelo al cuello. Siempre que, llegando estos días, alguien me ha preguntado que dónde puede ir a ver una procesión, les he dado muchas opciones, pero cuando les he insistido en que si lo que quieren, en lugar de ver, es vivir de verdad la Semana Santa, y me dicen que sí, les he mandado a Rioseco. Y les he animado no a venir a la hora de comenzar el desfile de gremios o las procesiones, sino a acercarse a la Ciudad de los Almirantes a media mañana del Jueves o del Viernes Santo. Les he sugerido que, terminadas las colaciones, se dejen caer por la calle Mayor para inspirar profundamente el aroma semanasantero que desprende esta ciudad, y para empaparse del riosecanismo que se palpa en cada centí-

metro cuadrado de cada soportal, de cada callejuela que da a la Rúa o a la plaza Mayor o al Corro de Santa María. Y que observen cómo lentamente, muy lentamente pero en un goteo incesante, empiezan a pasar jóvenes y no tan jóvenes. Solos o en grupo. Con niños de la mano. Y animo a los viajeros a que se fijen en el pañuelo que llevan al cuello aquellos con los que se cruzan. Son, les explico, cofrades que van camino del refresco de su mayordomo. También les insisto en que en esa observación miren a ver si, además del pañuelo, algunos cofrades llevan la túnica sujeta por uno de los brazos; esos, les indico, sacarán el paso.

El pañuelo es la seña de identidad cofrade. El pañuelo marca el antes, el durante y el después de la procesión. El pañuelo muestra el orgullo de pertenencia a la cofradía y es la antesala de la túnica. Y la túnica es la prenda que acompaña al cofrade de la cuna a la sepultura, con parada bajo el tablero. En Rioseco se nace con la túnica y es esta la vestimenta con la que va uno a encontrarse con Dios al final de su vida.

Si unimos pañuelo, túnica y ayuda para ponérsela o para recogérsela a quien vaya a sacar el paso, se puede alcanzar a comprender también la solidaridad entre los hermanos cofrades, la prestación de auxilio y la atención que debe darse siempre dentro de la cofradía a quien lo necesite. ¡Esto es Rioseco en Semana Santa! Y todo el año. Porque esos valores de solidaridad, auxilio y atención al hermano dan sentido a la pertenencia a la cofradía, y a la par marcan de por vida la personalidad de quienes los ejercen. Las llamadas ‘cóngregas’ encarnaban ese espíritu de ayuda al hermano; recordarán o habrán oído contar como en cada cofradía la ‘cóngrega’ actuaba como auténtica seguridad social gremial. Se confirma así en Rioseco, permanentemente, lo que decía el gran Chaves Nogales: «El cofrade nato y neto pone en su cofradía lo mejor de sí mismo».

*¡Oído, Rioseco! ¡Oído!*

La Semana Santa de la Ciudad de los Almirantes se muestra al mundo como un conjunto infinito de sonidos, gestos, atuendos y colores. Tres de éstos componen el particular arco iris riosecano: morado, negro y blanco; el morado y el negro, el Jueves, y el blanco, el Viernes. En la tarde del Jueves, conforman en la Calle Mayor una alfombra bicolor el morado del terciopelo y el negro del paño castellano. El Viernes, la alfombra luce el blanco más luminoso que pueda existir. ¡Qué inigualable gran alfombra blanca en movimiento! Los desfiles de gremios, únicos en el mundo, son el enlace esencial entre los refrescos y las procesiones, con parada en el templo para asistir a la Misa y a los Oficios. Solo ustedes son capaces de comprender la carga de emoción que se va acumulando desde que comienza el refresco hasta que se saca el paso; quizá por eso los desfiles de gremios permiten ir canalizándola de manera pausada, para administrarla de la mejor forma posible con el fin

de darle rienda suelta cuando comience la procesión. ¡Hasta en eso son distintos ustedes, los riosecanos, y nos dan lecciones a los demás!

En esta particular andadura por los símbolos que encarnan las lecciones que ustedes imparten desde el corazón de la Ciudad durante la Semana Santa, he dejado para el final la que considero es la más necesaria para aprender a estar y a transitar por la vida: el equilibrio. Cuando en la procesión hacen una parada, entre poso y poso, maravilla verles detenerse, colocar las horquillas bajo los palotes y el tablero, y dejar el paso, con todo su tremendo peso, apoyado únicamente sobre las horquillas. Es un momento sin par. ¡Y miren ustedes que lo repiten veces en cada procesión y con cada paso! Pues cuantas más veces lo repiten, más maravillan al espectador. Si sacar un paso es un arte, horquillar bien es una hazaña, que necesita por igual ingentes dosis de destreza, maestría, soltura, estética, técnica, orden, talento, astucia y capacidad. Todo para que en la parada, mientras que los que cargan el paso recobran el aliento, el Cristo y su Madre María Santísima también descansen en la más armoniosa quietud, en la más equilibrada tranquilidad, en la más estética paz, en la más estable placidez. Y todo sobre un pequeño número de horquillas.

Fíjense, señoras y señores, la gran lección humana y espiritual que los cofrades de Rioseco expresan cada Jueves y cada Viernes Santo. Tan instructiva, tan pedagógica que traspasa el entendimiento. Es una lección esta del horquillado del paso para saber andar por la vida, para poder transitar por este Valle de Lágrimas que es nuestro mundo: la gran lección del equilibrio. Por bien empleada doy yo cada año la visita en Semana Santa a Medina de Rioseco si al término de la procesión consigo hacerme el firme propósito de trabajar por horquillar adecuadamente mi vida.

Aprender a horquillar en condiciones la mente, el corazón y el alma es lo que quiero pedirle a María Santísima de la Soledad, presente de forma tan maravillosa y emocionante en esta imponente talla, que saliera de la gubia del zaragozano de nacimiento y vallisoletano de ejercicio y vocación Dionisio Pastor Valsero, discípulo aventajado de don José Martí y Monsó. La talla tiene poco más de un siglo.

Agradezco infinito a la Cofradía, a su presidente y a su mayordomo que aceptaran mi petición de que su santa imagen titular presidiese este Pregón. No dudé un instante en pedirle cuando la Junta de Semana Santa me indicó que tenía que elegir un paso para este solemne acto. Es fácil de entender. Mi madre se llama Soledad; he ahí el motivo de pedir este paso. Más aún, siendo hoy el Día del Padre: mi madre lleva toda mi vida ejerciendo de madre y padre, porque una fatídica curva a la entrada de Fontihoyuelo se llevó la vida de mi progenitor cuatro meses antes de nacer yo. No obstante, no puedo quejarme de la vida, gracias a mi madre, y quedo desde hoy en

deuda con todos los riosecanos, puesto que me permiten ofrecerle este singular homenaje a la mujer que me dio la vida. Lo hago por medio de esta santa imagen de la Soledad, la última en desfilar por las calles de la Ciudad de los Almirantes tras la muerte de su Hijo en la Cruz.

Quiero hacer extensivo este homenaje a todas las madres de Rioseco. Ellas son las encargadas de cuidar de la Semana Santa. Es más, me atrevo a decir que sin ellas no existiría la Semana Santa tal y como la conocemos. Siempre hay madres en los soportales al paso de los pasos; y en las filas, alumbrando la procesión. Y junto al Arco de Ajújar, acompañando a la Virgen de la Cruz en la Rodillada. La figura de la madre es nuclear en las procesiones riosecanas.

Entre las madres de carne y hueso y esta Madre de la Soledad que nos preside esta noche hay tres características comunes: las manos, los ojos y los labios. Las manos entrelazadas, fuertemente entrelazadas, como queriendo sujetar el dolor por la muerte de su Hijo. Los ojos, abiertos, bien abiertos, observadores, con la mirada clavada en el cielo, a medio camino entre la cruz que tiene enfrente y la luna, la primera luna de la primavera, que tan caprichosamente marca la celebración de la Semana Santa, ora en marzo, ora en abril. Y los labios, entreabiertos, como si todo el aire necesario para respirar fuese poco. Decía el escritor y periodista don Francisco de Cossío, con quien España siempre estará en deuda por haber sido el gran ideólogo y primer entusiasta director del Museo Nacional de Escultura Policromada, que «en cada pinar de Castilla viven mil estatuas» y que las que son de madera y, además policromada, nos ofrecen «el espíritu a través de los ojos y de los labios (...)». Y añadía: «¡Maravilloso milagro este de ver convertido el pino en carne». Porque, es verdad, no le faltaba razón al gran Cossío: estas tallas de madera parecen vivas. Quizá porque cada cofrade y cada hermana de luz las hacen vivir cada año por las calles de la Ciudad de los Almirantes.

Más vivas aún parecen a la luz de la luna. La luna y la Soledad. Esa luna que alumbrando el transitar de los pasos por estas calles y plazas por las que es un placer para los sentidos caminar lenta y silenciosamente cuando se aproxima la medianoche. Contemplan esta impresionante talla y por un instante imaginen a la Madre de Dios en su Soledad subiendo lentamente, casi arrastrando los pies, por la calle Mediana, después de que se han guardado los pasos en la Iglesia y en la Capilla. En ese sepulcral silencio que envuelve la noche es fácil adivinar la amargura de esta Virgen, que acaba de ver morir a su Hijo en la cruz. Es fácil imaginarla en esa subida por la calle Mediana, verla torcer el paso por la de Juan Jufre, hasta el Caño del Príncipe, en el Corro de San Miguel, y detenerse allí a llorar su tremenda pena.

El escenario urbano convierte a la Ciudad de los Almirantes en la Jerusalén de Castilla. Un marco inmarcesible, que ayuda a comprender el dra-

matismo de la Pasión. Parafraseando al que fuera director del *Diario Regional* D. Francisco Javier Martín Abril, este marco ensalza «el elegante silencio de la resignación cristiana»; un marco «en el que sobran las palabras» en Semana Santa, porque «la emoción es demasiado intensa. Y cuando estamos emocionados –añadía– es mejor callar».

Emoción y silencio para acompañar el desconcierto y la pena de la Madre de Dios por las calles de la Ciudad de los Almirantes en la noche del Viernes Santo, en la que murió su hijo clavado en la cruz. Un desconcierto que le haría a María Santísima de la Soledad levantarse de las piedras del Caño del Príncipe, en el que lloraba su pena, y dirigirse por la calle de los Huesos hasta los pies de este presbiterio, en el que ahora se encuentra presidiendo este Pregón, en el templo en el que los cofrades la guardan a la espera de la Resurrección de su Hijo.

Vara Mayor, varas y mayordomos de las cofradías y hermandades, señor presidente de la Junta de Semana Santa; miembros de su junta directiva; señor párroco de Santa María de Mediavilla y Santiago de los Caballeros; señor alcalde y miembros de la Corporación Municipal; autoridades provinciales y regionales; cofrades y hermanas de luz; pueblo fiel de la Ciudad de los Almirantes, señoras y señores,

Hace un par de años escribí en *El Norte de Castilla* que la Capilla de los Pasos Grandes es el corazón del gran cuerpo de Semana Santa que es todo Rioseco. Ese corazón ofrece el palpito de toda la ciudad y muestra emociones, sensaciones, imágenes e impresiones. Expresa lo que son ustedes: todo corazón, todo emoción, todo palpar, todo saber y hacer en Semana Santa. Todo enseñar, todo acoger, todo abrazar, todo, en fin, vivir de una manera que no por conocida y enseñada deja de ser nueva cada año, siendo como es la misma desde hace siglos. ¡Qué grandeza! ¡Qué fenómeno humano y divino se da cada año en la Ciudad de los Almirantes!

La Semana Santa de Rioseco es posible cada año porque conjunta sabiamente, como ningún otro lugar del mundo, tres elementos: los cofrades, sin duda el alma de la Semana Santa; las tallas, alfa y omega, ya que sin el fervor hacia lo que ellas significan y transmiten no existiría todo lo demás, y la ciudad, con su impresionante conjunto urbanístico. Solo sumados los tres sale lo que es Rioseco en Semana Santa y en esa unión, única en el mundo, caben tantas Semanas Santas como riosecanos hay. Pero, a la vez, siendo todas las que se crean distintas, son la misma Semana Santa. He ahí la grandeza de la Ciudad de los Almirantes y sus cofrades, he ahí la gran lección que lanzan al mundo, porque la Semana Santa de Rioseco es universal, es auténtico Patrimonio de la Humanidad, gracias a sus cofrades.

*¡Oído, Rioseco! ¡Oído!*

Comienza la Semana Santa.

En lo que no sé si es más una oración o una súplica, le pido a la Virgen de la Soledad, María Santísima Madre de Dios, que les dé a todos los cofrades el ánimo y la fuerza necesarios para alimentar su amor por su cofradía y por Medina de Rioseco; le suplico que les otorgue el valor que inspira las grandes gestas, y gesta muy grande es la de seguir en la brecha año tras año con la misma ilusión del primer día, cuando sus abuelos o sus padres, incluso nada más nacer, les apuntaron a la cofradía; le imploro que les garantice salud, mucha salud, para poder honrar a Dios Nuestro Señor como solo saben hacerlo los hijos y las hijas de Medina de Rioseco, y le pido también que les dé mucha fe, porque la fe, que dicen que mueve montañas, es un bienpreciado que escasea, más en los tiempos en los que hemos decidido ‘internetizar’ tanto nuestras vidas, que al final acabamos autoimponiéndonos un incomprensible individualismo que nos automatiza hasta el sinsentido.

Es hora, cofrades de Rioseco, de que ustedes se anuden el pañuelo al cuello, ese pañuelo que tan primorosamente habrán planchado sus madres, sus esposas, sus hijas, sus hermanas o sus novias, y salgan a la calle a juntarse con los demás hermanos de la cofradía. Hora ya de que saquen a hombros a Dios Nuestro Señor y a su Madre Santísima para que, un año más, las centenarias piedras de las calles, casas y soportales griten a los cuatro vientos: «¡Es Semana Santa en la Ciudad de los Almirantes, es Semana Santa en la Jerusalén de Castilla!».

*¡Oído, Rioseco! ¡Oído!*

Dado en la Iglesia de Santa María de Mediavilla de Medina de Rioseco, considerada por los terracampinos como la auténtica catedral espiritual de Castilla, a 19 días del tercer mes de 2016, en el segundo año de reinado de don Felipe VI.

Queden ustedes con Dios.

**Muchas gracias.**

J. I. Foces

*Subdirector de El Norte de Castilla*



Edita:



Junta de Semana Santa

Colaboran:



PARROQUIA SANTA MARÍA Y SANTIAGO  
Medina de Rioseco (Valladolid)

